RELACION DE MUGER.

EL MAESTRO DE ALEXANDRO.

DE DON FERNANDO DE ZARATE.

Escuchame atentamente,
Principe y Señor, querer
con finezas, y suspiros
referiros, que os adoro,
que os idolatro, que vivo
en fé del amor que os tengo,
que os debo dulces cariños,
que anteponeis á la vida
los riesgos, y los peligros,
será escusado, supuesto
entre dos que se han querido
qualquier encarecimiento
es hiperbole sucinto.
Dejo aparte las finezas,
paso por los peregrinos
favores, con que me honrais,
supongo dos albedrios
en sola una voluntad,
no alabo los siempre vivos
afectos de nuestro amor,
que no es tiempo, dueño mio,
de traer á la memoria
pundonores tan divinos,
quando está el honor pidiendo
remedio contra el peligro.
Habrá seis horas, Señor,
con qué pesares lo digo!
Con qué dolores lo siento!
Y con qué penas lo explico!
Que el Capitan de la Guardia,
de parte del Rey Filipo
vuestro Padre, á quien los Dioses
concedan de vida un siglo,
llegó á mi cuarto con seis
Capitanes escogidos
de la guardia Macedonia,
y con secreto me dixo
que entrase en una Carroza,
que me esperaba en el circo,
sin que diese de mi ausencia,
ni de mi partida indicio.
Obedecile turbada,

sin poder daros aviso;
por estar todos los pasos
cerrados con los Ministros.
Entré en la Carroza, y dando
con el secreto debido
el Capitan á su gente
todo el orden por escrito,
los Pegasos voladores,
ligero parto del Nilo,
en menos de media hora
á la puerta de un Castillo
me pusieron, rodeada
de cien Soldados Gelinos.
Por el fuerte Mauseolo
entré, cuyo obscuro sitio,
al bajar un caracol,
de la muerte retorcido,
entendí que me llevaban
al sepulcro del abismo.
Salí á una quadra, Señor,
cuyo dórico edificio,
con un trono autorizaba
la magestad de su sitio.
Sentados en él estaban
Numancio, Fabio, y Lisipo,
Sátrapas de Macedonia,
y á su lado Federico,
de la casa de mi padre
sangriento, y vil enemigo.
Aqui (dixo en altas voces)
viene Octavia, de Utelino
Duquesa, y de Macedonia
hermosísimo prodigio,
segunda Elena de Grecia,
pues tiene al principe invicto
Alexandro, y sucesor
de nuestro sacro Filipo,
tan prendado, que desprecia
al sugeto peregrino
de Julia, hermosa Princesa
de los imperios de Egipto.
La desigualdad es grande,
y si el Principe vencido
de su belleza, se casa,
(que es ignorancia el decirlo)
con Octavia, nuestro Imperio
será escándalo nocibo
de las gentes, y el remedio
mas eficáz, y preciso
es que muera Octavia aqui,
y los Jueces vengativos
me ordenaron que dixese
si estaba por vos rendido
mi corazon, ó si vos
violentabais mi albedrio.
Yo entonces (aqui, Señor
os pretendo agradecido,
os invoco generoso
y os aclamo compasivo.)
Yo entonces, digo, llevada
de lo mucho que os estimo,
dixe: Sátrapas de Grecia,
y de su Imperio Ministros,
no solo quiero, idolatro,
adoro, pretendo, y sigo,
firme, amante, enamorada
a Alexandro, pero digo,
que los tormentos de Tebas,
las prisiones de Calvino,
los cautiverios de Persia,
las penas de los Asirios,
los incendios de Caldéa,
y de Grecia los martirios,
no serán todos bastante
á sacar del pecho mio
al Principe, á quien venero
por amante, por benigno
por Esposo y por Señor
de potencias, y sentidos.
No hube formado, Señor,
el último acento fino,
quando salió de una quadra

un rigoroso Ministro
con un alfange en la mano,
cubierto el rostro atrevido.
Ejecuta, dijo Favio,
Presidente vengativo
de áquel tirano Consejo,
nuestro decreto, en los siglos
no quede memoria, no,
de este hermoso basilisco.
En este dolor, en este
impensado torbellino
de males, se turbó todo
este organizado vidrio.
latió con intercadencias
el material edificio.
A eclise tocó la vista,
á ruina los sentidos,
á delirio las potencias,
y los delirios á juicio.
A donde estás Alexandro?
dixe con tiernos suspiros.
por ti muero, dulce dueño,
por ti me matan, bien mio,
y en las aras de tu amor
el alma te sacrifico.
Aqui llegaba mi afecto,
quando de oculto retiro
en donde cubierto estaba,
de un roxo volante Syrio
salió el Monarca mayor,
que veneraron los siglos,
vuestro Padre, á quien el Orbe
aclama el justo Filipo.
Entre severo, y piadoso,
entre justiciero, y pio,
asiéndome de la mano
(favor que anuló el suplicio)
aquestas breves razones
con rostro grave me dixo:
Duquesa, este horrible amago
de la muerte que habeis visto
es de mi justicia un rasgo,
y de vuestra ruina aviso.
La Princesa Julia, Esposa
es del Principe mi hijo,
vos estorbais estas bodas
contra el mandamiento mio.
El amor que le teneis,
es conocido delirio,
el que os tiene, vanidad
de la juventud, y el vicio.
Tomad estado, Duquesa,
á vuestra sangre debido;
yo os daré esposo tan noble,
que iguale al blason antiguo
de vuestra casa. Alejandro
de Julia ha de ser marido:
si pretendeis el Laurél,
si no cesa ese cariño,
si al Principe no olvidais,
si dais á su amor oidos,
esta sentencia, este horror,
este amago, este castigo,
que solo tira á la enmienda
y no ejecuta el suplicio,
por vida de mi corona,
y de Alejandro en quien miro
la sucesion de este Imperio,
que sea en vos un prodigio
de la muerte, un desengaño
de la hermosura de un siglo,
sepultando vuestra casa,
vida, estado, y señorio
en las sombras de la muerte,
ó en los rayos del olvido.
Esto dixo, y con el orden,
secreto, guarda, y estilo,
que me llevaron, volví
á Palacio, á dar aviso
á vuestra Alteza, Señor,
por quien muero, por quien vivo.
Y supuesto que los hados

(¡ó quien no hubiera nacido,
para articular ahora
este rigoroso arbitrio!)
supuesto digo que el Cielo
(no sé, mi bien, lo que digo)
que los inmortales Dioses
en su Solio peregrino
ordenan, quieren, decretan,
mandan (tiemblo de decirlo)
que os goce Julia (qué horror!)
que os pierda yo (qué martirio!)
que me dexeis (qué pesar!)
que me olvideis (qué delirio!)
Viva la voz en el pecho,
y muerto en el alma el brio,
os pido, os suplico, os ruego,
si con vos han merecido
tantos años de finezas,
tantos dias de cariño,
que ameis á Julia Señor,
que os rindeis á su alvedrio,
que su belleza adoreis;
vuestro amor es como el lirio,
flor que renace, por ser
de la flores el martirio.
Julia os merece, Señor,
ella es Princesa de Egypto
dichosa, y yo desdichada,
segura, y yo con peligro.
Halle gracia en vuestros ojos,
y yo en los vuestros retiro;
ella prive, y caiga yo,
ella reyne sin olvido,
ella os goce, y llore yo;
halle premio y yo castigo.
Julia nació para amaros,
no deis disgusto á Filipo
vuestro Padre, ni altereis
aquellos Reynos unidos.
Lo que fué ya se pasó,
ya no será lo que ha sido;
llevese el mar lo llorado,
el Favonio los supiros,
el Zefiro los requiebros,
el olvido los cariños.
Mi bien, mi Señor, mi amante,
todo el tiempo lo ha vencido,
casaos con Julia, Señor,
que yo sola sin alivio,
sin vida, sin alma, muerta,
sin amparo, sin auxilio,
perseguida de desdichas,
antes que os vea, bien mio,
arrullar en otros brazos,
asistir en otro nido,
vivir de otra voluntad,
y seguir otro destino,
daré mi vida á la muerte,
para que digan los siglos,
para que publique el orbe,
para que sienta el abismo
la mas infeliz tragedia
el mas estraño prodigio,
que vieron desde los Cielos,
Astros, Planetas, y Signos.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael Garcia Rodriguez, Calle de la Librería.